

Sobre el ocaso de las ideologías

EL RIESGO DEL LENGUAJE

Cada día vemos con mayor claridad que el lenguaje es para el hombre su aliado más fiel y más péfido a la vez. Es el más fiel porque le acompaña siempre en su tensa situación de ser a caballo de dos mundos: el sensible y el inteligible. Si el animal no habla no es por carecer de medios fisiológicos para hacerlo, sino sencilla y profundamente por no tener nada que decir, por no estar, simultáneamente, al nivel de lo sensible y de lo espiritual. El hombre habla porque vive al nivel de las realidades profundas y al de los medios expresivos sensibles. Pero, a su vez, el hombre vive al nivel de las realidades profundas porque habla. Ya el gran Humboldt solía decir: "El hombre sólo es hombre por la palabra. Pero para hallar el lenguaje ya debía ser hombre." Es éste uno de estos típicos círculos de pensamiento que no son viciosos porque no demuestran lo uno por lo mismo, sino que revelan la forma misteriosa de interrelacionarse las realidades más hondas. El lenguaje es fiel al hombre porque, en definitiva, el hombre sin lenguaje bajaría automáticamente de nivel y dejaría de ser hombre.

Pero el lenguaje es, a la vez, el más peligroso inventor de ardidés, que ponen la vida espiritual del hombre en trance de disolución. Por ser vehículo nato del hombre hacia lo profundo, el lenguaje hace al hombre. Por llevar en su seno el riesgo constante del dolo y la equivocidad, el lenguaje deshace en muchos casos al hombre.

De ahí que en toda época difícil, agitada y crucial como la presente se imponga una llamada de atención: ¡cuidado con el lenguaje! Hasta tal punto es necesario esto en la actualidad, que, a mi modesto y leal entender, si no logramos una política de clarificación y estabilización del lenguaje hablado y, sobre todo, escrito, no conseguiremos el mínimo de equilibrio y serenidad espiritual que requiere la grave tarea que tiene planteada el hombre actual. Resulta escalofriante advertir que el pensamiento contemporáneo más caracterizado se asienta, en gran parte, en un ingente e ilegítimo juego de escamoteo de categorías o conceptos fundamentales que lleva consigo dos riesgos de innegable importancia: que se

admitan sin crítica los resultados de esta adulteración metodológica del pensamiento, y que por un exceso de cautela crítica no se adviertan los valores positivos del pensamiento actual.

Si se me pidiese un ejemplo, yo diría escuetamente que la obra filosófica de un autor—para bien o para mal—tan caracterizado como Jean-Paul Sartre se asienta en una violenta pretensión de entender al hombre con categorías infrahumanas, y en este sentido no puede preludiar sino el caos, que es en todo tiempo una perversión del recto orden de las cosas. Pero entre la fronda de sus análisis se hallan observaciones de tipo fenomenológico-descriptivo que son, indudablemente, de gran valor. Sartre triunfa en la descripción morosa, ágil, penetrante, de lo sensible, y fracasa ruidosamente en el análisis de lo supra-sensible. Sería funesto que la seducción que ejercen sobre el lector estas felices descripciones le impidiese a éste advertir los graves fallos de carácter metafísico, que sin duda comete Sartre, y, por otra parte, habría que lamentar como una notable pérdida que la conciencia de esta laguna robase la serenidad necesaria a los lectores para asimilar y aprovechar tales aciertos.

Ejemplo claro de palabra extraordinariamente rica y equívoca a la par, y, por tanto, peligrosa es el término "Ideología". Actualmente es usado con mucha frecuencia en los contextos más comprometidos, y casi siempre de modo indiscriminado. Nótese que usa los vocablos sin discreción, sin finura de análisis en disponerse a llevar la mejor parte en la lucha demagógica por vencer sin necesidad de convencer. Los vocablos cerrados, usados como proyectiles, tienen un efecto mágico sobre mentalidades poco cultivadas. En cambio, la precaución, el análisis cuidadoso da impresión de labilidad e incertidumbre, cualidades poco halagadas por el éxito en el manejo coactivo de las masas. La violencia de la Historia contemporánea va acompañada y, casi diría, custodiada, si no amamantada, por el vocablo "Ideología" y los equívocos que fertilmente suscita. ¿Puede alguien dudar de que en la hora de profunda revisión y voluntad constructiva que vivimos hoy no hay tarea

intelectual más urgente que someter este vocablo a un implacable y sincero análisis?

LAS IDEOLOGIAS Y EL CONCEPTO DE LO REAL

Ahora bien: este análisis debe ser rigurosamente filosófico. En los diferentes ramos del saber se movilizan vocablos cuyo contenido desborda con mucho el alcance de cada disciplina. De ahí la necesidad de aplicar la lente filosófica a los conceptos más comprometidos por posibles equívocos.

De Ideología se habla hoy en escritos de Sociología, Historia, Filosofía, Política e incluso Teología. Y lo primero que conviene subrayar es el matiz peyorativo que fué adquiriendo este vocablo, de modo análogo a lo que sucedió con el término alemán "Weltanschauung", cosmovisión. ¿A qué profundas causas responde esto? En mi entender, al concepto que se tenga de lo real, y, por tanto, del conocimiento humano. Si lo real auténtico es lo mensurable—lo asible, lo que es posible objeto de constatación y control técnico—, todo cuanto no ofrezca estas condiciones, es decir, el amplio y rico campo de lo no sensible aparecerá algo irreal, peligrosamente afín a las meras ideas. "Ideológico" será un pensamiento no afirmado en el suelo firme—el único pretendidamente firme—de las realidades que estudia la Ciencia.

Les invito a repasar las obras que se aducen en las catorce páginas dedicadas al tema de las ideologías por Lenk en su volumen *Ideologie. Ideologiekritik und Wissenssoziologie* (Neuwied, 1961), y no dudo que todos podrán advertir que las variaciones y alteraciones del término "Ideología" van a la par y responden a las diferentes concepciones de lo real y, correlativamente, del conocimiento. Para un pensador como el francés Concillac, que funda la génesis del conocimiento en la mera sensación, todo cuanto desborde el ámbito de lo sensible será considerado peyorativamente como "ideológico". Lo mismo se puede decir, con las debidas y consabidas diferencias, de la aversión a lo "ideológico" de Marx, K. Mannheim y Th. Geiger. Las consecuencias disolventes que esto acarrea respecto a algo tan decisivo para la vida hu-

mana y social como es la Filosofía, la Moral, el Derecho y la Religión están a la vista.

Concretando un poco más, lo antedicho nos autoriza a consignar que si el concepto de Ideología pende de la actitud frente al ser y al conocimiento, las concepciones más peligrosas acerca de este tema son la marxista, la de la Sociología del Saber y la positivista. Todas coinciden, en términos generales, en oponer la Ciencia a la Ideología, el conocimiento razonado, preciso, exacto, bien fundado en la observación de la realidad controlable y esa forma de conocimiento ambiguo e impreciso que es fruto de mera especulación o sentimiento incontrolado. En un libro aparecido hace dos años, R. Havemann escribe: "El fin del movimiento comunista es precisamente la eliminación de toda clase de ideologías. En lugar de la ideología, es decir, del engaño de la actual sociedad sobre sí misma debe aparecer la clara conciencia. Nuestra misión es extender una idea científicamente fundada de nosotros y de nuestras relaciones sociales." Esto fué escrito en una obra de título sintomático: *Dialektik ohne Dogma. Naturwissenschaft und Weltanschauung*. Hamburg. 1964, pág. 110.

El filósofo polaco L. Kolakowski presiente, sin embargo, que la Ciencia y la Ideología no deben ser contrapuestas como viene haciéndose, y afirma: "La esperanza en la aparición de una ideología científica (...) y la esperanza en la desaparición completa de las ideologías son igualmente infundadas." El título de la obra a que pertenece este texto es igualmente expresivo: *Der Mensch ohne Alternative. Von der Möglichkeit und Unmöglichkeit, Marxist zu sein*. Munich, 1960.

¿REPRESION DE LAS IDEOLOGIAS?

En la actualidad se lleva a cabo una campaña de represión e incluso de pretendida o real superación de las ideologías, y, al mismo tiempo, no faltan voces autorizadas que subrayan la necesidad de las mismas. ¿Se trata, acaso, de actitudes contradictorias, o más bien responden ambas a una necesidad de complementar lo que se entiende por conocimiento cientí-

fico y por conocimiento ideológico? ¿No será que, en el fondo, se entienden ambos modos de conocimiento de un modo demasiado superficial para que pueda haber comprensión? Ya sabemos que es signo inequívoco de mediocridad de espíritu convertir simplistamente en contradicciones irreconciliables los contrastes que llevan en su seno una exigencia interna de complementación.

Se admite comúnmente que lo científico es lo experimentable, lo demostrable con todo rigor. Siendo esto así, si no se posee un concepto de experiencia y de demostración rigurosa lo suficientemente amplio para que sea aplicable a los ámbitos no sensibles, no mensurables, éstos serán confinados a un campo de ambigüedad que se ha dado en llamar "ideología".

Afortunadamente, el buen sentido está volviendo a abrirse paso, y hoy día no es raro advertir que el hecho de que los valores (religiosos, humanos-personales, humanos-sociales, etc.) no sean demostrables científicamente no induce ya a rechazarlos sin más como *irreales* o *arbitrarios*. Sin embargo, tanto los que defienden el valor real y la eficiencia de los valores, como quienes los califican de meras ideologías arbitrarias y, por tanto, violentas suelen expresarse de modo muy confuso, que es clima propicio para toda suerte de escamoteos categoriales.

Juzgo, por ello, absolutamente necesario en la hora presente salir al paso a ciertos graves equívocos que se están cometiendo incluso por parte de quienes aceptan la posibilidad de un tipo de conocimiento riguroso de las realidades no sensibles. La falta de claridad y precisión en temas tan extremadamente sutiles no puede beneficiar sino a los arrivistas intelectuales que, por falta de teorías sólidas, están al acecho de las aguas turbias. No deja de causar impresión el advertir que gran parte de la cultura actual está en manos de los profesionales de la oscuridad, de la ambigüedad pretendida y tendenciosa.

Ante el hecho desazonante del escamoteo múltiple de categorías que se comete en la actualidad, ante el desconcierto masivo que reina respecto a cuestio-

nes fundamentales de la vida humana, conviene preguntarse en qué se apoya la posibilidad de que se cometan tantos y tales atropellos contra la verdad e, incluso, que sea hacedero apoyar en ellos todo un prestigio intelectual.

A mi ver, no basta delatar la mala fe—evidente en casos—de los pensadores. Si fuese tan patente el truco y el fraude, no se dejarían arrastrar los pueblos tan fácilmente al aplauso colectivo. Debe de haber algo que posibilite este juego de prestidigitación intelectual y que oculte los hilos más gruesos de la trama. He aquí lo que urge descubrir, no sólo para dejar al descubierto los escamoteos ya cometidos, sino ante todo para ponernos alerta ante los que se hayan todavía de cometer, o mejor: ante los que hayamos todavía de cometer, porque, como afirmaba Dostoiewsky respecto al Nihilismo, la tendencia a la ideologización es un gusano que se desarrolla en el seno mismo del pensamiento que no le opone unas medidas inmunizadoras suficientes.

A mi juicio, lo que oculta los hilos de la trama y permite tergiversar—impunemente al parecer—las cuestiones más graves es el curioso fenómeno de *interferencia de conceptos* que suele darse en la mente del hombre cuando se halla éste muy sobreaviso y extrema las cautelas. El hombre suele pensar en pares de conceptos contrastados, y hay ciertos conceptos que forman parte de varios pares. Con ello se establece una serie de tensiones internas y cruces en extremo peligrosos por llevar el desconcierto a la vida del pensamiento. Un ejemplo:

Algunos de estos pares de conceptos contrastados son:

1. *Subjetivo-objetivo*, en el sentido de algo propio del sujeto y algo propio del objeto.
2. *Arbitrario-real*, en el sentido de meramente arbitrario y de conforme a lo real.
3. *Irreal-real*, en el sentido de no existente en el mundo de las cosas reales o de existente.

4. *Ideal-real*, en el sentido de existente en el mundo del pensamiento, y existente en el mundo de la realidad extramental.

Dado que el término "real" se repite en varios de los esquemas contrapuestos por una interferencia de conceptos es fácil superponer estos diversos esquemas, y arrojar sobre lo subjetivo en general una sombra de arbitrariedad e irrealidad, y prestigiar lo objetivo en general con un aire de realidad eminente.

En el problema de las ideologías podemos descubrir, a poco que estudiemos entre líneas la bibliografía consagrada al tema, fenómenos muy frecuentes de interferencias conceptuales. Lo veremos a continuación a medida que estudiemos el problema.

IDEOLOGÍAS Y VOLUNTAD DE PODER

Las ideologías brotan por afán de lograr un saber que se traduzca en *poder*. Se trata de una forma de saber violento que para convertirse en poder debe acotar de modo coactivamente arbitrario un campo de acción. Este acotamiento se realiza a impulsos de una voluntad de poder a favor de un tipo de conocimiento puro, y en desfavor de un modo de conocimiento amplio que colabora con la voluntad y el sentimiento.

Ahora bien: esta unilateralidad inicial da lugar a escisiones, y éstas son clima propicio a la lucha. Vistas así, en su línea genética, las Ideologías revelan ser fruto bastardo de una forma espúrea de sentimiento—la mera pasión de poder—, y manifiestan estar en esencial oposición a las formas más elevadas de sentimiento, que son las que colaboran con el entendimiento en la captación de la realidad integral. (No se olvide que en el saber científico más pretendidamente puro se alberga la posibilidad de su traducción al mundo del poder técnico.) Pero, vistas las Ideologías una vez ya constituidas, pueden dar la impresión de ser sistemas patéticos de ideas, de modo que despojando cuidadosamente al conocimiento de toda adherencia sentimental sea posible amenguar decisivamente su carácter abruptamente

ideológico en lo que tiene éste de explosivo y primitivamente cargado de resonancias pasionales.

Esta tergiversación mental parece impulsar a ciertos autores a dirigir simultáneamente sus ataques contra las llamadas ideologías y contra el sentimiento en general, como posible colaborador ilegítimo del entendimiento. Más adelante aclararé esto con un ejemplo para facilitar la comprensión. Pero antes conviene poner de manifiesto la tergiversación mental aquí cometida.

Este escamoteo categorial se funda en el uso indiscriminado del término "sentimiento", al que se utiliza en bloque, sin la debida precisión, como si no admitiese sino un sentido único, y éste fuese el más afín a las meras emociones vitales de tipo pasional. Así, pues, por operar con un solo concepto de sentimiento opuesto radicalmente a razón, se piensa que al proceso racional de pensamiento no puede adherirse el sentimiento sino desde fuera, como un elemento extraño y adulterante. Parece ignorarse que el pensamiento, por ser una actividad íntegramente humana, implica ineludiblemente una relación esencial a todas las facultades del hombre, relación que se matiza según la nobleza entitativa de cada objeto de conocimiento.

La función del conocer es, como todo lo humano, un fenómeno en extremo complejo. Por implicar una relación esencial al objeto posible de conocimiento, el acto de conocer será tanto más tenso, tanto más internamente dinámico cuanto más altura entitativa ostente dicho objeto. No es lo mismo conocer, por ejemplo, las dimensiones de una mesa que la intimidad de una persona.

Esta oscilante tensión interna del acto cognoscitivo se revela en el mayor o menor papel que desempeñan en el conocimiento el sentir y el querer. Suele afirmarse que esta colaboración de facultades no intelectivas constituye una ingerencia espúrea que adultera el conocimiento. Pero es hora ya de perder el miedo a los juicios violentos y a los vocablos cargados con un poder irracional de seducción. Un severo análisis de los conceptos nos devolverá la indispensable serenidad. Es el tema del artículo siguiente.